



VI

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Maestro.

*Vos vocatis me Magister... et bene dicitis; sum
etenim.*

*Vosotros me llamáis Maestro y decís bien, porque
lo soy.*

JOAN. XIII, 13.

1. Al recogerse el espíritu humano para pensar en sí mismo, observa con harta frecuencia su debilidad y su indigencia grandes, y que en consecuencia le es forzoso buscar una luz más potente que la suya propia que le señale el sendero por donde deba caminar, con objeto de que no tropiece en las nebulosidades de la vida presente. Á no ser que el orgullo, innato á nuestra corrompida naturaleza, se levante ofuscado por encima de las reflexiones naturales que nuestras potencias forman y las atropelle irracionalmente, el hombre deberá confesar con ingenuidad que es pobre de inteligencia; que sabe muy poco, y que por lo tanto necesita de un guía.

Al modo, empero, que existen diversos órdenes de ciencias y de artes, asimismo debe haber respectivamente maestros que correspondan á ellas; y no sólo merecerá el calificativo honroso de maestro el que explica plausiblemente asignaturas científicas, artísticas ó industriales, sino también el que muestra sabiamente los senderos de la virtud y de la perfección del alma, los escollos del error y del vicio,

los abismos de la desesperación y de la muerte anímica, tanto más cuanto que estas últimas ciencias son más difíciles, más útiles y necesarias al hombre. Con efecto, las ciencias en general ilustran la inteligencia; las artes, la fantasía; y los oficios, agilidad y destreza á la mano; pero la ciencia de la virtud sujeta el entendimiento á más de iluminarle; purifica la fantasía á más de embellecerla; y sobre todo forma el corazón, parte esencial de nuestro ser, difícil de educar por las contrariedades con las que ha de luchar secularmente, pero necesario, si aspiramos á conseguir nuestro fin.

2. Cuán nobilísimo y elevado deba ser el estudio de la gran ciencia del corazón lo conoceremos por su objeto y por su fin. El objeto es sujetar el corazón á la recta razón según Dios; es obtener un ser racional conforme al primer modelo. El fin es Dios mismo; mientras que el objeto de las ciencias que pertenecen al orden de la inteligencia consiste meramente en ilustrar á ésta en la materia de que se ocupan y el fin estriba en la tierra; porque ó es un gusto loable, ó un capricho vano, ó un interés vil, ó conveniencia propia: fines bastante rastreros.

Es, por lo tanto, el estudio del corazón humano el más importante y al propio tiempo el más difícil, necesitándose, por consiguiente, maestros más ilustrados que los que exigen las demás ciencias; y, siendo aquel estudio asimismo más necesario, de ahí que sus maestros deban ser más apreciados. Hay un maestro, empero, que no son los libros, ni los ministros sagrados, ni los doctores católicos; un maestro que enseña é ilustra el entendimiento, mueve y enervoriza el corazón, presta capacidad á la inteligencia, recuerdo á la memoria y fuerza á la voluntad: es Jesucristo Sacramentado. Veamos si *Nuestro Señor en el Sacramento es nuestro buen Maestro*; é indaguemos al propio tiempo los *modos de que se vale para enseñar á los hombres*.

§. I.

3. Repasando las bellas páginas del Evangelio observo que el adorable Salvador, al propio tiempo que difundía

con su palabra la Verdad incorruptible, la propagaba asimismo con el ejemplo. Si por las obras se viene en conocimiento de su autor, la ley evangélica emite luz suficiente para que distingamos á su Autor divino. En efecto, la ley evangélica es una ley razonable; en ella nada se opone al espíritu del hombre; por el contrario, le eleva, le engrandece y le sublima. Es una ley suavísima: mi yugo, ha dicho el Salvador, es suave y mi carga ligera (1). Es una ley altísima; no se confunde con la carne y con la sangre; no aspira á los goces de los sentidos; despierta los placeres más puros. Es una ley prodigiosa: al practicarla el hombre se siente superior á sí mismo y con bastantes fuerzas para ahogar los gritos de las pasiones más violentas. Es una ley simpática, que purifica el espíritu y le une á Dios. Es una ley universal, que abraza todos los pueblos y razas, que se ocupa de todos los objetos del hombre, que atiende á todos los intereses de la humanidad, que remedia todas sus miserias. Es una ley inmortal y eterna, que durará por todos los siglos. Es, finalmente, una ley divina: sus palabras revelan la autoridad omnipotente de su Autor, y ni aun una tilde carece de expresión: en ella todo es preciso, todo justo, todo santo.

1. Esta es la sabia, la hermosa ley, más hermosa que todas las teorías utilitarias de los demagogos modernos, más sabia que las doctrinas de los griegos filósofos y reformadores de todos los tiempos. Jesucristo no se contentó con promulgarla sencillamente, si que también se propuso enseñarla con la palabra y con las obras: poderosas y brillantes alas con las que el hombre puede volar hasta el mismo seno de la Divinidad. Vemos, en efecto, á Jesucristo, que á los doce años de edad, cuando todavía era ignorado del mundo sabio, se halla sentado en el templo, rebatiendo con elocuencia los efimeros argumentos de los doctores, y dando lecciones de su ley santa á los magistrados, los cuales, al ver sabiduría tanta en el divino infante, se maravillan, diciendo:

(1) Math. XI, 30.

¿no es éste, por ventura el hijo del carpintero? (1). En semejante actitud le descubrimos cincelado en las criptas romanas de S. Calixto y Sta. Inés. Vémosle en el áspero desierto rechazar briosamente al demonio con admirables razones, que desconciertan al malvado espíritu, desbaratan sus astutos planes y le precipitan en las infernales cavernas. Vémosle predicar mansamente por las calles de Judea y Samaria, enseñando su ley santa á un concurso numeroso que le sigue, ávido de la dulzura de sus palabras y de la grandeza de sus prodigios. Vémosle contestar sabiamente á los pontífices y á los jueces. Vémosle asombrar á sus discípulos, confundir á los judíos, maravillar á los fariseos, desbaratar los sofismas de sus enemigos, abrirse paso por entre las muchedumbres. Vémosle, finalmente, ser aclamado de todos por Maestro.

5. Este bello título le da el joven que deseaba ser su más ferviente discípulo; con él le nombra el traidor apóstol en el acto de entregarlo á las iras judáicas: Maestro le dice María Magdalena cuando le vió resucitado, y por tal le conocen sus discípulos y todo el pueblo. El mismo Salvador se impuso á sí propio aquel simpático calificativo en tres distintas ocasiones. Cuando ordenó á dos de los apóstoles que fuesen á Jerusalén para que dispusiesen la Pascua, les habla de esta manera: Así diréis al Padre de familias: El Maestro te dice, etc. (2). Á continuación del lavatorio de los pies, conversando Jesús con los doce, añade: Vosotros me llamáis Maestro y decís bien, porque efectivamente lo soy (3). En una tercera ocasión se llama prácticamente Maestro, al declarar á los suyos: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (4). Luego, la consecuencia natural que se desprende de todos estos principios es que nosotros somos discípulos de Jesús, quien, no sólo con la palabra, sino principalmente con el ejemplo, se mostró siempre perfecto Maestro del hombre.

(1) Math. XIII, 55.

(2) Math. XXVI, 18.

(3) Joan. XIII, 13.

(4) Math. XI, 29.

6. Mas, pregunto: ¿este ministerio divino del cual nos ocupamos, lo ejercitará ahora Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento? Indudablemente que sí; mientras peregrinó en este mundo fué nuestro maestro temporal, pero ahora en la Santa Eucaristía es nuestro maestro perpetuo; aquellos oficios en que su gran bondad se ejercitaba entonces para nuestro bien, estos mismos desempeña al presente oculto en el Sagrario. De un modo tanto más gustoso, si cabe la frase, ejecuta el Señor eucarístico el ministerio de Maestro, cuanto que en el Sacramento, viendo cumplidas y satisfechas sus infinitas ansias de rescatar al hombre del pecado, aplica los sudores empleados durante su veloz carrera mortal y se constituye por este doble motivo en Maestro perpetuo de los cristianos.

§. II.

Veamos de qué manera enseña Jesús en la Eucaristía.

1. Es una gran verdad que el divino Salvador, guardando silencio en el Sacramento, habla elocuentemente al corazón cristiano; y ese mismo sepulcral silencio se transforma en argentina lengua que enseña lecciones provechosas á todos los que desean servirse de ellas. *Discite a me.* Aprended de mí, dice la Majestad del Señor oculto en la Hostia santa y envuelto en el profundo silencio y las místicas sombras del templo; y el cristiano devoto que se aproxima al Tabernáculo para contemplar de cerca á su Dios, aprende la reverencia, el respeto y el temor debido á las cosas santas y á sus prójimos. *Discite a me.* Aprended de mí, repite incesantemente el Señor tras los blancos velos de los eucarísticos cendales; y el cristiano devoto que admira la bella Hostia, perla preciosa engastada en el relicario de la custodia, aprende la inocencia, la castidad y la pureza en pensamientos palabras y acciones. *Discite a me.* Aprended de mí, añade Jesucristo, mostrando su Corazón, encendido en llamas divinas, que saltan á los ojos de la fe católica; y el cristiano devoto que observa á su Dios abrasado en caridad infinita, cuyas voraces chispas llegan hasta él y le queman, aprende á amar á su Dios y á sus hermanos. *Discite a me.*

Aprended de mí, grita en todo momento el Redentor, desde el fondo del vaso sagrado que le aprisiona; y el cristiano devoto que oye los clamores divinos, y que no ignora que su Señor descansa sobre humilde peana, aprende á estrecharse con la pobreza, á buscar la humildad y á no despreciar al indigente. *Discite a me.* Aprended de mí, repite Jesús entre mil angustias que le oprimen, causadas por los profanadores de la Eucaristía y por los ingratos á su amor; y el cristiano devoto que lee tanta paciencia, tanto sufrimiento, resignación tanta en Cristo Sacramentado, aprende á sufrir con su Maestro y á no despreciar las ocasiones del martirio. *Discite a me.* Aprended de mí, clama el Señor, amarrado al tabernáculo con las fuertes ligaduras de los sacramentales accidentes; y el cristiano devoto que contempla á todo un Dios libre y omnipotente, sujeto á la voluntad de sus ministros y de sus fieles en general, aprende á ser obediente á los superiores, respetuoso para con los iguales y afable para con los inferiores. *Discite a me.* Aprended de mí, dice en voz apagada el Salvador por haber gritado tanto tiempo, tantos años y tantos siglos desde las mansiones eucarísticas; y el cristiano devoto que admira la constancia y la fidelidad de su Dios á las promesas hechas, aprende naturalmente á perseverar en la práctica del bien, siendo fiel á Jesucristo y constante en el amar ordenadamente. Sí; desde el Sacramento, Jesucristo enseña á los hombres la doctrina celestial y la ciencia de la virtud que conduce á la gloria imperecedera. El católico que cree profundamente, oye en el templo la voz de Jesucristo, porque todo, absolutamente todo está claro y patente á los ojos de la fe; lo que falta casi siempre es inclinar, humildes, el ánimo ante las imposiciones de la fe; lo que falta es doblegar la cerviz de la voluntad ante las enseñanzas de Jesucristo Sacramentado para practicar lo que se oye; porque no basta, no, escuchar atentos la sublime lección, es menester aprenderla; no basta aprenderla de memoria y con deseos de llevarla al terreno de la práctica, es necesario ponerla en ejecución pronta y ordenada.

¡Cuán hermosa es la Santa Eucaristía considerada desde este punto de vista! ¡Qué de bienes inmensos no acarrea al alma que posee una fe viva y un deseo sincero de aprovechar en el negocio de virtud! Esas inspiraciones altas que se reciben como suave y fresco rocío llovido del cielo; esas gruesas lágrimas que asoman á los ojos cual purros brillantes fundidos al calor de la contrición dolorosa; esos suspiros tiernos, ayes consoladores del alma, exhalados á fuerza del fervor interno; esas resoluciones firmes de no pecar y de emprender mejor el camino del bien, formadas á impulsos de los reiterados estímulos de Jesucristo: ¿qué son sino bellos efectos del amor de Jesucristo, manifestado en la Hostia santa, en su ministerio de Maestro? ¿Qué son sino lecciones estudiadas y aprendidas al calor del Sacramento por las influencias del mismo? ¡Ah! ¡qué magnífico se muestra nuestro Dios en los altares!

8. Delante del Sacramento eucarístico, bebe el alma, como en la fuente, los tesoros celestiales. Si Jesús es rico, é infinito en sabiduría, ¿qué luces tan purísimas no derramará sobre el cristiano que se acerca á recibirlas? Decía el dulcísimo S. Francisco de Sales, que no hay sermón más provechoso que el que se estudia y se previene delante del Pan eucarístico; por eso el eximio doctor P. Suárez acostumbraba decir que el día que dejaba de recibir en la Misa la Sagrada Eucaristía, se le secaba tanto el ánimo como la pluma; y del angélico Santo Tomás se sabe que gobernaba su pluma á las luces del Sacramento Santísimo. Es cierto que muchos devotos de la Eucaristía estudiaron las lecciones que debían dar en cátedra ante la Hostia inmaculada, y las aprendieron más pronto. Me consta de dos religiosos que estudiaban de este modo, á la luz de la lámpara del Sagrario, y se sabían perfectamente las lecciones. ¡Acercaos, espíritus indiferentes, acercaos al Sacramento del Altar, si queréis palpar con las manos de la realidad estas consoladoras verdades! y basta lo expuesto para saber de qué manera Jesucristo enseña ordinariamente en el Sacramento.

9. Mas, posee también otro método de dar lecciones: es

especial y extraordinario, y como tal, conseguido únicamente por almas privilegiadas. La vida y el consuelo de estas almas fué Jesucristo Sacramentado, por cuya razón el Salvador, á fuer de agradecido, las favoreció de un modo singular, enseñándolas sensiblemente desde la Eucaristía, del propio modo que un maestro daría lecciones á su discípulo favorecido. Lo más singular del caso ha sido que ciertas personas santas, rudas en las ciencias humanas, merced á las lecciones de la Divina Eucaristía, supieron responder satisfactoriamente á intrincadas cuestiones filosóficas y teológicas, y desbaratar sabiamente los argumentos que, peritos en el asunto, les opusieron. De Sta. Catalina de Bolonia (1) se refiere que, habiendo permitido el Señor le asaltasen algunas terribles dudas sobre la real existencia del Dios Hombre en la Eucaristía, un día en que comulgó con más fervor que otras veces, se le disiparon en tal manera que su entendimiento quedó lleno de sabiduría admirable. «Visitó Dios mi entendimiento, (son palabras de la santa) estando en oración una mañana y, hablándome intelectualmente, me manifestó con claridad cómo en la Hostia consagrada está la Humanidad y Divinidad de Cristo y también cómo era posible que debajo de la corta especie de pan estuviese todo Dios Hombre; asimismo me dió el conocimiento de lo que pertenece á la fe de este Misterio, explicando las dudas y cuestiones pasadas que se ofrecieron al discurso y las que podían ofrecerse, desatándolas y aclarándolas con ejemplos patentes y naturales. También entendí el modo como fué posible que Jesucristo Hijo de Dios encarnase por el Espíritu Santo y naciese de la Virgen María, sin corrupción ni detrimento de su purísima virginidad, y me fué dada clara y demostrativa inteligencia y conocimiento de la Divina Esencia y otras cosas notables, que no refiero por mi corta memoria y porque no soy capaz de explicarlas.»

Otros bienaventurados recibieron mercedes semejantes. La beata Eustoquia, franciscana, (2) debido al amor intenso

(1) Crónica Seráfica por Gonzaga.

(2) González, Crónica Seráfica.

que profesaba á Jesucristo Sacramentado, fué favorecida con el don de discernir sobre quien estaba ó no en pecado grave; y el agustino S. Juan de Sahagún, (1) al quedar arrobado en la presencia del Sacramento, recibía del Altísimo la merced de aprender de memoria los sermones que debía predicar, y el conocimiento de algunos misterios del Catolicismo.

10. Es, por lo tanto, Jesucristo Sacramentado sapientísimo Maestro que distribuye la ciencia á sus amantes, según le place. Y, ¿no nos moverá esta consideración á profesar ferviente amor á Jesús? Por cierto, no son los libros absolutamente los que enseñan; no son los maestros y catedráticos los que exclusivamente explican la ciencia; no son las inteligencias humanas las que, abandonadas á sí propias, aprenden; existe acerca de este punto un mecanismo de leyes admirables regidas por sólo Dios sin el cual no puede haber sabiduría, que así deba llamarse, y fuera del cual toda ciencia es vana. Y por más que la capacidad intelectual únicamente Dios puede otorgarla al concedernos las dotes del alma; y los estudios adquiridos reconozcan por base la capacidad mencionada: si el hombre científico no teme á su Criador, en cuyo temor se sintetizan el principio, (2) la raíz, (3) la plenitud (4) y la corona (5) de la sabiduría, no podrá jamás denominarse sabio; porque cierto es que no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (6); sus brillantes estudios constituirán una necesidad inmensa, (7) y será abominable ante los ojos del que pesa la misma sabiduría en la delicada balanza de su ciencia infinita.

¡Ah! cuán cierto es que lo que es necesidad ante el ojo humano, que mira tras el obscuro prisma de la pasión, es al propio tiempo gran sabiduría ante Dios (8)! ¡Cuántas veces

(1) In vita ejus.

(2) Prov. IX, 10.

(3) Eccli I, 6.

(4) Id. 20.

(5) Id. 22.

(6) Prov. XXI, 30.

(7) I Cor. III, 19.

(8) I Cor. I, 20.

el Señor, por dar en rostro á los hombres hinchados con su ciencia, ha otorgado desde la cátedra misteriosa del Sacramento la doble ala de la inteligencia una ciencia infusa juntamente con una sabiduría humilde á algunos de sus fieles siervos! Dígalo S. Pascual Bailón, que respondía sabiamente á las más graves dificultades que algunos oponían al dogma católico; dígalo el beato lego Andrés Hibernón, admiración de los más sabios, que predicaba á los moros con aplauso de los hombres de ciencia; y ¿cuántos otros siervos de Dios, merced á la sabiduría adquirida en la cátedra del Amor, no han intervenido en los gravísimos asuntos de la Iglesia y del Estado, habiendo los más sabios inclinado ante ellos su frente? Un beato lego Gil de Asís á quien consultaron los P. P. Dominicos sobre la pureza de María; un beato Carlos de Setia, religioso casi rudo, á quien pidieron consejo más de una vez los cardenales y aún el mismo Papa; un beato Humilde de Bisiniano, también lego, que fué llamado á Roma por Gregorio XV á emitir su opinión sobre graves asuntos; y un S. Diego de Alcalá, que tanto influyó en la prosperidad de la islas Canarias, haciéndose acreedor á los aplausos de los hombres más eruditos de su tiempo.

11. Mas todos estos religiosos fueron discípulos formados en las escuelas de Jesucristo Sacramentado; y aunque es cierto que no á todos los devotos del Sacramento se les otorga la sabiduría de la misma manera y en el mismo grado, también es cierto que todos aprenden las enseñanzas celestiales en esa Central Universidad de las ciencias divinas.

Ahora deseo que fijéis vuestra atención en esa generación de pocos años que, ávida de obtener un título académico, cursa en nuestras literarias universidades é institutos de segunda enseñanza, donde, si no se la arranca la fe y se la seca la esperanza, no se la facilita al menos que de vez en cuando eleve sus miradas al santuario eucarístico para que, restaurando las fuerzas perdidas, vigorice la juvenil inteligencia, fortalezca la briosa memoria y encamine la inconstante voluntad hacia el Bien eterno, donde todas las hu-

manas aspiraciones residir debieran. ¿Qué diremos de ciertos profesores que no conocen de Religión más que el nombre y que, contentándose con explicar friamente á sus discípulos lecciones de la asignatura respectiva, nada les hablan del Autor de lo existente, á quien todas las cosas referirse deben, ni una palabra de consuelo, ni una frase que llegue hasta los pliegues más menudos del espíritu? Y, ¿qué anatemas no fulminaremos contra aquellos catedráticos librepensadores, charlatanes togados, cuyo único afán consiste en arrancar las sanas creencias á los estudiantes, creando una generación gárrula, homicida de las almas? Pues bien; todos esos niños, todos esos jóvenes educados en esas láicas escuelas, observables de cerca, estudiados detenidamente; poco saben, porque poca ciencia sólida aprendieron; nada saben de lo que debieran saber; porque, ¿qué importan unos pocos conocimientos físicos y mecánicos, qué significan unas cuantas instrucciones naturales y artísticas si nada se ha oído, si nada se sabe de verdadera filosofía, del fin del hombre y de los medios que deben emplearse para conseguirlo, asuntos en que esencialmente estriba aquella hermosa ciencia? ¡Ah! de unos maestros mercenarios, comerciantes científicos, han de salir necesariamente discípulos también mercenarios, que venderán su palabra al mejor postor como vendieron su conciencia á Lucifer.

¡Cuán diferente sería su suerte, si, oyendo á profesores amaestrados en la Fe y en la caridad de Jesucristo, hubieran aprendido periódicamente la doctrina purísima que enseña el Salvador desde la Eucaristía! ¡Ah! La cátedra sin Dios corrompe y mata, pero la cátedra donde brilla la antorcha del Sacramento purifica y salva. El alumno que se inspira en Jesucristo Sacramentado, á más de aprender sólidamente las ciencias humanas, alcanzará también la perfección de las divinas, y sabrá ser útil á sí propio y á la sociedad que le rodea.

12. Confesemos, por lo tanto, ingenuamente que el adorable Redentor en la Eucaristía es Maestro sapientísimo que difunde las luces de la verdadera ciencia á quien las solici-

ta. Vayamos al altar del Tabernáculo y quedémonos allí largos ratos, según lo permitan nuestras ocupaciones, y pidamos al Señor con el profeta rey: «Dadme, oh Dios, inteligencia y escudriñaré tu ley y la guardaré con todo mi corazón». «Enséñame la bondad, la disciplina y la ciencia (1);» y entre las espirales del incienso, las litúrgicas oraciones y las melodías dulcísonas del órgano, oiremos la voz de Jesucristo que habla á nuestra inteligencia y repercute en nuestro corazón para que aprendamos, y practiquemos lo aprendido. Entonces conoceremos lo que vale esa Cátedra de Verdad para los usos múltiples de la vida; nuestras operaciones serán acertadas, porque se aconsejaron en el Divino Profesor que las preside, y nuestro gozo será grande al ver que tenemos relaciones estrechas con la Inteligencia despejada, con el Ente sapientísimo.

Aprovechémonos de las lecciones de Cristo Sacramentado; seamos humildes y, postrándonos con fe viva y reverencia profunda ante la Majestad del Sacramento, solicitemos del Señor que ilustre nuestro entendimiento, vigorice nuestra memoria é inflame nuestra voluntad, á fin de que nuestras potencias sirvan con perfección á su Autor en este suelo, para recibir la recompensa eterna en el cielo.

EJEMPLO

Según he explicado en el precedente discurso, Jesucristo Sacramentado ha dado verbalmente lecciones á muchos siervos suyos. Con efecto: S. Francisco de Borja, merced á las enseñanzas eucarísticas, conocía infaliblemente en qué iglesias y en cuál lugar de éstas se hallaba reservada la Santa Eucaristía; de tal modo que, al pasar por delante de los templos se arrodillaba ó no según estaba ó no reservado el Sacramento. Asimismo, el beato Nicolás Factor sabía perfectamente quiénes eran los que se hallaban en gracia de Dios ó en pecado mortal, por cuya razón amonestaba seriamente para que se confesasen á los que se encontraban en este último estado, prometiéndoles que de allí á pocos días morirían, como sucedió, en efecto.

(1) Ps. CXVIII, 34 y 66.